



## DISCURSO DÉCIMOQUINTO

### DE LAS DIVINAS AMENAZAS

*Malos male perdet.*

A los malos destruirá miserablemente.

(MATT., XXI, 41.)

#### EXORDIO

Ex-abrupto. De las circunstancias de la ciudad donde predica.

Y para denunciar castigos á una ciudad tan ilustre y benemérita ¿he de levantar mi voz desde esta cátedra sagrada? No, Dios mío. Si queréis que os sirva de profeta Jonás, enviadme, os ruego, á una Ninive; enviadme á otras ciudades nefandas, á otros pueblos prevaricadores y sacrílegos, que yo correré al punto gustosísimo, y predicaré con apostólica entereza (no lo dudéis, Señor) vuestros enojos y venganzas. Mas, comoquiera que me habéis enviado á una ciudad tan católica y ferviente, ¿qué he de hacer sino desear para ellos todo linaje de prosperidad y bienandanza, vida larga, tiempo bonancible, cosechas abundantes? Así querría yo que sucediese; esto pido á Dios nuestro Señor, que os dé siempre del rocío del cielo y la grosura de la tierra.

Las amenazas de Dios deben hacerse á pueblos prevaricadores;

(apóstrofe)

(optación)

Pero ¿quién me asegurará? ¿quién disipará mis temores?

(dubitación)

Veo con lágrimas que la iniquidad se propaga por todas partes, y cunde furiosamente, y se derrama sin cesar, y se ñorea las cumbres más altas y privilegiadas; y así temo, ¡oh amadísima ciudad!, temo que llegue á tus puertas y suban tanto tus pecados, que enciendan contra ti las iras del muy alto. Comoquiera que sea, heme aquí intimándote en nombre del Señor, que á los malos castigará reciamente y los destruirá: *Malos male perdet*. No mires á la antigüedad de tu

(personificación).

Si tú lo eres, razón tienes de temer;

por comparación  
a minor<sup>1</sup>

origen, ni atiendas al lustre de tus antepasados, ni fíes en la cantidad de tus mayores; porque ley es de la justicia divina que el pecador lleve la pena de su yerro.

Jerusalén. 1.ª parte. Qué hizo Dios por ella.

¿Qué ciudad un tiempo más acepta á los ojos de Dios que la hermosa Jerusalén? Habiase la plantado él mismo como su viña de recreo en los amenos collados de la risueña Palestina; dióle por cercados sus preceptos, y por guarda y valladar su protección; limpióla de las espinas y malezas de cananeos, de amonitas, de amorreos y otras gentes, que la afligían y asolaban; levantó por torre y atalaya su santo templo; añadió como lagar sus altares y sacrificios, y no ahorró, finalmente, para embellecerla ni costa de dinero ni primores de artificio, hasta poder decir su Majestad: ¿Qué otra cosa debí hacer con mi viña y no la hice? *Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci?*<sup>1</sup>

2.ª parte. Causa de su ruina: despreciar las amenazas de Dios

¿Y qué es hoy de la hermosa Jerusalén? Id y vedlo con vuestros ojos. Poco menos que zarzales y malezas. ¿Y por dónde le vino tal asolamiento? Por no dar crédito á las amenazas del Señor: *Malos male perdet*: á los malos castigará reciamente. ¿A qué tanto amenazar? No vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*<sup>2</sup>. Estas arrogantes palabras tenían siempre en los labios, ya en tiempo del profeta Jeremías, los incrédulos judíos. ¡Bah! ¡Nuestros profetas hieren el viento y dicen lo que se les antoja! *Prophetae fuerunt in ventum locuti*<sup>3</sup>. Espantarnos quieren y aterrorizarnos con sus fatídicas predicciones; griten en buen hora, y nosotros holguémonos, divirtámonos, regocijémonos... ¡Ah contumaces israelitas! ¡Ah gente desatentada! Por ventura

transición;

imprecación;

sobre gente tan loca ¿no se vengará mi alma?, dice el Señor: *Nunquid super gentem hujusmodi non ulciscetur anima mea, dicit Dominus?*<sup>4</sup>. Esperad un poco, que suelte Dios la represa de su indignación, y veréis si hieren el viento sus profetas.

corrección;

Mas ¿para qué alegar ejemplos extraños y remotos? No faltan en la cristiandad quienes menosprecian á Dios y le tienen como Dios de palo, incapaz de tomar venganza de sus ultrajes, diciendo continuamente: No vendrá el mal so-

<sup>1</sup> Is., v. 4. <sup>2</sup> Jer., v. 12. <sup>3</sup> Ibid., 13. <sup>4</sup> Ibid., 29.

bre nosotros: *Neque veniet super nos malum*. Quiero, pues, confundir á estos incrédulos; ¿sabéis cómo? Denunciándoles en nombre de Dios, grandemente enojado por su insolencia, que si no hacen caso del trueno de sus amenazas, pronto descargará la tempestad de su ira.

Proposición por mejora: Dios castiga á los que desoyen sus amenazas.

## PRIMERA PARTE

### II

Arg. 1.º  
POR INDUCCIÓN  
DE EJEMPLOS AN-  
TIQUOS.

Uno de los mayores argumentos que por ventura hay de la infinita misericordia de Dios son, á mi entender, las terribles amenazas con que acostumbró su Majestad poner espanto en los desalmados pecadores. Porque ¿qué otra cosa pretende con ello, sino dar plazos para que se conviertan y vivan? Pocas ganas tiene de herir quien gasta tanto espacio en amenazar. Por donde bien dijo el que dijo que la amenaza es un escudo del amenazado, puesto que le da tiempo ó para escapar huyendo del peligro ó para resguardarse y precaverse. En confirmación de lo cual dice maravillosamente San Agustín: que si Dios nos quisiese castigar, no nos avisaría tantos siglos antes. Forzado, y á más no poder, toma venganza quien tan anticipadamente nos señala el camino por donde podremos escapar; porque no te quiere herir quien te grita en alta voz: guárdate, guárdate<sup>1</sup>.

Dios amenaza para no castigar, pero castiga, si menosprecian sus amenazas. Luego.

2.ª parte del an-  
tec. por autoridad;

Conforme á esta ley regaladísima de su providencia, ningún castigo leemos haber enviado sobre la tierra que no precediese antes el trueno de sus amenazas, no sólo vagamente, sino muy en particular y por menudo. De suerte que ésta fué una de las principales causas de enviar profetas á su pueblo, en trances varios en que deseaba traerlo á

por la conducta de Dios que evita profetas, como

<sup>1</sup> Si nos Deus noster punire vellet, non nos tot ante saecula commoret. Invitus quodammodo vindicat, qui quomodo evadere possumus, multo ante demonstrat: non enim te vult ferire, qui tibi clamat, observa. Serm. 38 de Sancti.

buen camino. Oid y alabad las divinas misericordias. Quiere denunciar á los pueblos de Egipto y Etiopia el universal estrago y perdimiento de sus bienes; y ¿qué hace? Manda que salga Isaías desnudo y de penitencia por esos caminos <sup>1</sup>. Quiere denunciar á Israel la miserable servidumbre y cautividad de Babilonia; y ¿qué hace nuestro Señor? Manda á Jeremías que recorra las calles y plazas cargado de cadenas <sup>2</sup>. Quiere asimismo pronosticarle la extremada miseria que se aparejaba á los sitiados, y dispone que el profeta Ezequiel, por trescientos noventa días, durante los cuales estuvo siempre recostado del mismo lado, no tome por mantenimiento más que unos viles panes cocidos con estiércol por combustible <sup>3</sup>. Y así constantemente, á diversos azotes, hizo preceder diversas maneras de avisos y amenazas. Que en realidad son un apercibir á los pueblos é intimarles que se reporten, que lloren sus pecados, que reformen sus costumbres, y que huyan de la faz de la divina indignación; lo cual como considerase el Real Profeta, exclamaba poseído de maravilla: Hiciste, Señor, á los que te reverencian una señal para que huyan de la faz del arco y sean libertados tus queridos: *Dedisti metuibus te significationem, ut fugiant a facie arcus, liberentur dilecti tui* <sup>4</sup>.

Y no obstante, ¿quién tal pensara?, no pudo lograr con tantas protestaciones que los hombres le creyesen y se emendasen. Cuanto más amenazaba que á los malos quebrantaría y destruiría malamente, *malos male perdet*, más porfiaban ellos en ultrajarle sin vergüenza; como si los hombres llevasen hincado en su corazón aquel otro sentimiento de: Si no lo viere, no lo creeré: *Nisi videro, non credam* <sup>5</sup>. Y ¿qué lograron con esta rebeldía y obtinación sino forzar á Dios á que lanzase de una vez los rayos de su ira con que amenazaba para no lanzarlos? Esta incredulidad anegó el mundo en diluvio caudaloso, porque descreyó á Noé que lo predecía <sup>6</sup>. Ésta trajo lluvias de fuego sobre los pérfidos sodomitas, que se burlaron de los vaticinios de Lot <sup>7</sup>. Ésta llevó á los egipcios contumaces á las bravas

<sup>1</sup> Is., xx, 2.—<sup>2</sup> Jer., xxvii, 2.—<sup>3</sup> Ezech., iv, 4.—<sup>4</sup> Ps. lxx, 6.

<sup>5</sup> Joan., xx, 25.—<sup>6</sup> Gen., vii, 1.—<sup>7</sup> Gen., ix, 24.

olas del mar Bermejo, donde miserablemente se anegaron, porque despreciaron los portentos con que les pronosticaba el cielo su catástrofe <sup>1</sup>. Ésta condenó á innumerables israelitas á morir en el desierto, los cuales tomaron á burla las protestas y amenazas de Moisés <sup>2</sup>. Ésta ocasionó la rota <sup>3</sup> de Betulia, junto á los muros de Betulia, porque se enojaron contra Aquior, que les avisaba del desastre <sup>4</sup>.

Y plegue á Dios que no sea ésta la perniciosa causa, oyentes míos, de tantas calamidades que azotan nuestro siglo y asuélan casi todas las provincias de la cristiandad. ¿Y aún tenemos vergüenza para decir: No vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*? ¡No hay por qué atemorizarse tan presto!—¿Eso dices, pecador? ¿Querías ver palpablemente cómo Dios, sentado en el real asiento de su gloria, tiene ojos para mirar tus pecados, corazón para sentir los ultrajes, brazo para castigarlos? ¿Querías ver, por ventura, cómo ejecuta su diestra las amenazas de su boca? Helo aquí, quiero cumplir tu deseo; ni he menester para declarártelo que te traslades con el pensamiento á los siglos que pasaron; en el nuestro pido que lo fijas, que lo presente hace más mella y nos conmueve más.

### III

Dime: en este mismo siglo ¿no ha mostrado Dios abiertamente que no son vanas sus voces amenazadoras, como tú querías, sino muy verdaderas é infalibles, como no querías? ¡No vendrá el mal sobre nosotros! *Neque veniet super nos malum*. ¡Cómo!, ¿estás por ventura ciego, que no ves tantos ríos de sangre, tanto hacinamiento de huesos, tantos montones de cadáveres? Bastíate, para certificarte, pasear la tierra y recorrer las ciudades y campiñas. ¡Qué huellas de exterminio y encarnizamiento militar por todas partes! ¿Hay reino, hay provincia, hay villa ó ciudad en la infeliz Europa, á cuyas puertas no haya resonado el sonido

Arg. 2.<sup>o</sup>  
POR INTRODUCCIÓN  
DE CASTIGROS RE-  
CENTES.

Dios ha castigado á

Europa con terribísimos azotes.

Luego espere el golpe de Dios

quien no teme sus amigos.

Antec. por viva enumeración de

de guerras y consiguientes de ellas:

<sup>1</sup> Ex., xiv.—<sup>2</sup> Num., xiv.—<sup>3</sup> Judith, v, 26.

distribución, de las trompetas, el redoblar de los tambores, el estampido de la horrenda artillería? Ni España, ni Italia, ni Francia, ni Alemania, ni Flandes, ni Inglaterra han logrado un punto de sosiego ni un rayo de paz firme y duradera. Y ¿cuánta gente, te figuras, habrá perecido en tanto trastorno y universal tumulto? ¿Quién puede reducirla á guarrismo? Basta decir que la primera guerra de este siglo, que fué la toma y ocupación de Ostende, costó á Europa ochenta mil combatientes. Conjetura por aquí los estragos y desolación acaecidos en parajes tan varios, en ejércitos tan numerosos, en ánimos tan feroces, en guerras tan prolijas y sangrientas.

descripción de  
asolamientos re-  
motos.

y vecinos

Pero ¿á qué detenerme en averiguar lo que no sabemos, pudiendo recordar lo que vemos con nuestros ojos? ¿Cuántas granjas y alquerías, antes hermosísimas, vemos hoy trocadas en yermos y eriales? ¿Cuántas campiñas y huertas, lozanas antes y frondosas, hoy infecundas y desiertas! ¿Cuántas aldeas y lugares, antes muy poblados, despoblados hoy y solitarios! ¿Cuántas ciudades, magníficas antes, ahora derruidas y en escombros! Y ¿qué es tanta calamidad sino fiel cumplimiento de la amenaza de Dios en el Levítico: Si menospreciareis mis leyes, desenvainaré contra vosotros mi espada, y vuestra tierra quedará desierta y vuestras ciudades destruidas? <sup>1</sup> ¡Oh miserable hombre!, y ¿aún osas decir que no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum.*

ejecutándose así la  
amenaza del Se-  
ñor.

Conclusión.

§ De revueltas y  
sediciones por  
enumeración ge-  
neral

y particular de de-  
sasres próximos.

Abre, á tu pesar, abre los ojos y mira en corto tiempo tantos levantamientos y revueltas en casi todas las provincias de Europa; pues han sido continuas en nuestros malhadados días las revoluciones, ora en los estados de Alemania, ora en el reino de Portugal, ya en Cataluña, ya en París, Nápoles, Polonia, é Inglaterra. A unos han ocupado sus temporalidades, á otros han privado de sus puestos, á otros encarcelado ó cautivado, á otros han echado por tierra sus palacios, á otros quitado la vida y aun infamado su memoria. ¿En qué siglo se encuentran guerras más encarniza-

das, contiendas más hondas, conjuraciones más frecuentes, tramas más inicuas, saqueos y destrucciones más injustas, matanzas más horribles, crueldades más sanguinarias y nefandas? A Italia quizás ha cabido la menor parte de tamañas desventuras, aunque serán memorables en la historia la despoblación de Monferrato, el asolamiento de Mantua, el desastre de Turín.

Mas quien, derramando la vista por otras provincias y y lejanos, naciones, viese lo que han padecido los católicos de los herejes, los cristianos de los gentiles, y, lo que es más lamentable, los católicos de los católicos, ¡cómo se horrorizaría de semejante espectáculo! Vería estampadas aún en los campos de Polonia las huellas de obra de trescientos mil entre tártaros y turcos, capitaneados por el gran Sultán. Vería otra escena peor de polacos guerreando contra polacos, y la gente cosaca muy levantisca y altanera. Vería ¡oh Germania sin ventura!, vería humeantes en tu rasgado seno las reliquias del incendio devorador, levantado por tu enemigo triunfante, por ese Gustavo que, recorriendo tus provincias á fuer de rayo exterminador é impetuoso, se apoderó en breve tiempo de Herbópolis, de Bamberg, de Maguncia, de Augusta y de casi toda la Franconia, la Suevia y el Palatinado. Y el Turco, enseñoreado nuevamente de Baradino, de Nitria, de Navarino y gran parte de Hungría, ¿adónde ó á qué pueblo de la afligida cristiandad no llevaría, si Dios no le fuese á la mano, las cadenas de miserable esclavitud ó vergonzoso vasallaje? Más bravo y codicioso cada día de sangre cristiana, infesta nuestros mares con frecuentes correrías, nuestros puertos con repentinos asaltos, nuestros dominios con notables conquistas.

repetición é hipo-  
tiposis. El tár-  
taro  
Gustavo

(apóstrofe)

El Turco

(gradación)

Candia  
(prosopeya)

Y si Candia, subyugada finalmente por el bárbaro y aherrojada en dura servidumbre, pudiese hacer llegar á nuestros oídos sus ayes y lamentos, sobrepujando el estruendo de las olas que la circundan, ¿quién podría contener las lágrimas? ¿Hubo edad tan desastrada que viese, no diré tantos cetos y coronas casi puestos en almoneda pública; no diré tantos príncipes y reyes destronados ó prisioneros, ejemplos cotidianos en la historia, mas un rey, de linaje tan antiguo como el de Inglaterra, ajusticiado en público

Inglaterra

<sup>1</sup> Si spreveritis leges meas, evaginabo post vos gladium, eritque terra deserta, et civitates vestrae dirutae. Lev., xxvi, 15-33.

conclusión. cadalso por sentencia de sus mismos vasallos, usurpadores de una autoridad inaudita y desastrosa en el mundo? Conque ¡no vendrá el mal sobre nosotros! *Neque veniet super nos malum*.

e) Hombres. ¿Cómo así? Por ventura, quien escapó del hierro, ¿ha podido defenderse del hambre? Paréceme, hermanos míos, poder exclamar aquí con Jeremías: Si saliere á los campos y despoblados, he aquí muertos á cuchillo; y si entrare en la ciudad, he aquí consumidos por el hambre: *Si egressus fuero ad agros, ecce occisi gladio; et si introiero in civitatem, ecce attenuati fame*<sup>1</sup>. Hablen tantas familias emigradas de sus hogares, donde los acababan los trastornos y cargas de tributos; hablen tantas comunidades dispersas, tantos por-dioseros vagabundos.

Sequias. Y como si no bastasen tantas miserias, el cielo mismo ha querido acrecentarlas, afligiéndonos con la esterilidad. Ni una gota de rocío ha refrescado, en algunas partes, la abrasada tierra por largo tiempo, verificándose á la letra la amenaza del Señor: El cielo que miras sobre ti séate de bronce, y la tierra que huellas con tus pies séate de hierro: *Sit coelum, quod supra te est, aeneum; et terra, quam calcas, ferrea*<sup>2</sup>.

Inundaciones. Por azote muy diferente han provenido las carestías de acá, de inundaciones y espantosos desbordamientos. De aquí la escasez y falta de lo necesario, que ha consumido al pobre pueblo y enflaquecido sus brazos para el trabajo. Yo mismo encontrábame en la ciudad eterna, dominadora del mundo cristiano, en sazón que morían por las calles los mendigos, unos yertos de frío, transidos otros de hambre, no alcanzando las almas caritativas, que repartían el pan, á la muchedumbre incomparablemente mayor de los pobrecitos que lo pedían. ¿Qué pasaría, pues, en las provincias y términos, en los lugares y aldeas, donde, siendo igual la necesidad, era tanto menor el socorro y providencia? ¿No cumplió aquí manifiestamente la intimación del Profeta que dice: Te herirá el Señor con pobreza y riguroso frío; los pueblos yacerán en los caminos y encrucijadas, desmayados de pura hambre: *Percutiat te Dominus egestate et frigore*<sup>3</sup>,

cumplimiento de las divinas amenazas.

<sup>1</sup> Jer., XIV, 18. — <sup>2</sup> Deuter., XXVIII, 23. — <sup>3</sup> Deuter., XXVIII, 22.

*et populi erunt projecti in viis prae fame*?<sup>1</sup> Conque ¿no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum*. ¡Oh ciegos y desalumbados, que no quieren ver las pestilencias, las hambres, las avenidas de los ríos, los derramamientos de sangre, las mortandades de todo género, que han asolado la Europa entera!

En vano el vulgo necio atribuyó á la aparición de un cometa, que ocupó gran zona del cielo por espacio de treinta días, la muerte de un Sumo Pontífice, de dos reyes, el de España y de Suecia, la de un hijo del Emperador, la del gran Sultán, y otros príncipes y potentados, que murieron en el término de un año. La misma mano, que azotó á los grandes, hirió reciamente á los pequeños.

¿No se derramó por el mismo tiempo aquel pestilencial contagio, que asoló y asuela todavía las provincias más florecientes de la culta Europa? Ahora mismo, quien pasease sus pueblos y comarcas, oiría aún los lamentos de las madres, llorando desconsoladas la pérdida reciente de sus hijos; vería aún el duelo y la descompuesta cabellera de las esposas, condolidas por la muerte de sus esposos. ¡Qué horror y lástima no causaba ver que ciudades tan hermosas, tan populosas y regocijadas se cubriesen repentinamente de luto, de soledad y lamentación! A doquiera que volviesses la vista, encontrabas con enfermos sin esperanza y moribundos sin alivio. Rodaban cada día por las calles los carros henchidos de cadáveres, como llevando en triunfo á la muerte, cuanto más pálida y descarnada, tanto más osada y atrevida. Todas las casas y vecinos apresurábanse á pagar el doloroso tributo que lanzaban por las puertas ó ventanas. Quién daba el amigo, quién el amo, quién la esposa, quién la hermana, quién el padre ó la madre, con presentimiento de seguir á la tarde á quienes enviaba por la mañana.

Y si me preguntares: ¿dónde se encarnizó más la pestilencia?, ¿qué he de responder? Mostraríate primero la Sicilia, de donde salió el horrendo azote y fiera carnícera, la cual de allí pasó á Italia, y no dejó escondrijo ni vivienda que no visitase, tragándose un millón de infelices ciudada-

epilogo.

d) Muertes súbitas de grandes.

e) Pestilencias, amplificadas por hipotiposis de ciudades heridas.

hipotiposis,

personificación de la muerte.

enumeración de ciudades contiguas.

<sup>1</sup> Jer., XIV, 16.

nos. Mostrárate luego la vecina Francia, y España, y Dalmacia, y Candia, y, tras de estos pueblos y naciones, Inglaterra, Polonia, Córcega y Cerdeña, en las cuales quedaron por largo tiempo las huellas de tan horrible mortandad, como en el mar, después de la tormenta, las tablas del navío y los cuerpos de los náufragos.

semejanza de un naufragio.

Amenazas de Dios verificadas.

Conclusión

f) Hundimientos e incendios.

por subjección,

visión,

corrección.

g) Terremotos:

en general,

en particular

Ragusa y Rimini

por antitesis: azotes del temblor,

Y ¿esto no es cumplirse muy cumplidas las amenazadas protestas del Señor: Aumentará Dios vuestras heridas, heridas grandes, enfermedades pésimas y duraderas; vuestras calles serán hechas un desierto? *Augebit Dominus plagas vestras, plagas magnas et perseverantes, infirmitates pessimas et perpetuas* <sup>1</sup>: *desertaque fient viae vestrae*? <sup>2</sup> ¿Qué dices á tan recios azotes? ¿Te obstinas en tu perverso sentimiento de que no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum*.

¿Qué más querías ver para tu desengaño y convencerte de que Dios á los malos castiga duramente? *Malos male perdet*. ¿Quieres ver tierras espaciosas tragadas por el mar? Ve y pregúntalo á la remota Flandes. ¿Campos inmensos y dilatados montes incendiados? Contempla los términos de Nápoles. ¿Pueblos sepultados por espantosos terremotos? Ve y recorre la Calabria. ¡Qué espectáculo para quebrar el corazón y asombrar á los siglos venideros! ¡Desventurada Calabria! Nubes de espeso humo, lluvias de ceniza, granizos de enormes piedras, torrentes de azufre y asfalto derretido, ríos impetuosos de hirviente lava, derrumbamientos de edificios, anchas grietas, sepultura de infinitos animales. ¿Qué digo de infinitos animales? De poblaciones enteras, las cuales, al abrir la tierra sus inmensas fauces, desaparecían en un momento y sus infinitos moradores quedaban sepultados en los abismos.

Mas ¿á qué traer á la memoria lejanos desastres? ¿No son recientes los estragos de Ragusa y Rimini? ¡Cuán ajenos estaban sus habitantes hace pocos años de la horrenda catástrofe que les amagaba! Negociaban, comerciaban pacíficamente y esperaban celebrar alegres la solemnidad de la Pascua. Pero ¡cuán triste la pasaron ambas ciudades,

<sup>1</sup> Deut., xxviii, 59.—<sup>2</sup> Lev., xxvi, 22.

azotadas á un tiempo por la mano de Dios! Aún se oye el eco aterrador de aquella universal consternación y gritaría, cuando los míseros ciudadanos, no teniendo dónde estribar el pie, huían de la ciudad al campo y del campo á la ciudad, noche y día á sus plantas el terremoto, la muerte á sus espaldas y ante sus ojos el sepulcro.

Y ¿no veis en tanta desolación ejecutada la amenaza de Dios? De día y de noche temerás, y en tu vida no confiarás. Dirás á la mañana: ¿quién me asegurará la tarde?; y á la tarde: ¿quién me asegurará la mañana?, según los temores de tu corazón con que serás atemorizado: *Timebis nocte et die, et non credes vitae tuae. Mane dices: Quis mihi det vespertum? Et vespere: Quis mihi det mane? propter cordis formidinem, qua terreberis* <sup>1</sup>. Anda, pues, y sigue diciendo: no vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*. Lo sobredicho lo viste con tus ojos, ó lo has leído en mil impresos, ó lo oíste de innumerables testigos, y tan rápida voló la fama de tan grandes calamidades y hundimientos, que el saberlo no es de tanta gloria, como ignorarlo de afrenta é ignominia.

después del temblor

(visión)

Ejecución de las amenazas de Dios

Conclusión

#### IV

Mas ¡necio de mí! ¿Por qué cansarme tanto, á fin de confundir vuestra incredulidad? Ciego debe de estar quien no vea los extraños azotes que cada día nos añigen y lastiman. Por donde tengo para mí, oyentes míos, que asenté mal aquel principio, que no queremos creer las divinas amenazas hasta verlas con nuestros propios ojos; debiera haber dicho que, aunque las veamos y experimentemos, no queremos creerlas. Veis aquí el último extremo y la más rematada incredulidad del corazón humano, conforme lo lamentaba Jeremías: *Attrivisti eos, et renuerunt accipere disciplinam* <sup>2</sup>. Tú los azotaste y no quisieron creer; como si dijera: He aquí, Señor, el perverso proceder de los pecadores:

Arg. 3.<sup>o</sup>  
REFUTACIÓN de la mayor dificultad.— No vienen de Dios.—

Exposición de ella.

por testimonio de las Santas Escrituras:

<sup>1</sup> Deut., xxviii, 66-67.

<sup>2</sup> Jer., v, 3.

mientras oyen los truenos y amenazas, búrlanse diciendo que, si no lo ven por sus ojos, no lo creerán; y cuando estalla la tempestad y sobreviene el castigo, obstinanse los miserables en que no quieren creer aunque lo vean: *Attivistis eos et renuerunt accipere disciplinam.*

dubitación,

Mas ¿cómo, profeta santo? ¿No ven por sus ojos el azote? ¿no lo palpan con sus manos? ¿no sienten sus duros golpes? ¿Cómo se compadece, pues, que no lo crean? ¿Sabéis cómo? Negaron al Señor y dijeron: No es él: *Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse*<sup>1</sup>. Creen, sí, que real y verdaderamente es un azote, y azote riguroso, pero no creen que sea Dios quien los azota y castiga. No creen que es su Majestad quien les envía aquellas guerras y hambres, aquellas pestilencias é inundaciones, aquellas tempestades y terremotos: *Negaverunt Deum, et dixerunt: Non est ipse.*

Por ejemplos análogos: Faraón jamás reconoció la mano de Dios.

Venid, si no, acá y respondedme. ¿Acaso no veía Faraón palpablemente los castigos que llovían un día tras otro sobre su cabeza, las tinieblas que oscurecían al sol, los granizos que desgajaban los árboles, los ejércitos de langostas que estragaban los sembrados, las úlceras que llagaban á los hombres, las pestilencias que destruían los animales? Harto lo veía; y, no obstante la evidencia, ¡cuánto no hizo para no asentir al dictamen de los suyos que abiertamente confesaban: *Dignus Dei est hic*<sup>2</sup>: Aquí anda la mano de Dios, esto es obra del poder divino! Llamó á sí los hechiceros y nigromantes más celebrados de Egipto, y mandóles que averiguasen si tales maravillas podían atribuirse, por ejemplo, al diablo y potestades infernales: buscó, inquirió, escudriñó las causas; procuró que los magos ensayasen los mismos prodigios de trocar las varas en serpientes, de enrojecer y ensangrentar el Nilo, de congregar las ranas de charcos y lagunas, de amontonar en el aire enjambres de mosquitos. Mas como los mismos hechiceros se diesen por vencidos, ¿cedió él por ventura? ¿dió á torcer su brazo? ó rindióse al testimonio de los hechos y de los hombres? Por ninguna manera, jamás se persuadió que no eran embustes

enumeración,

sustentación,

conclusión por

<sup>1</sup> Jer., v, 12. — <sup>2</sup> Exod., viii, 19.

y malas artes de Moisés. ¡Tal es la repugnancia de los pecadores en reconocer á Dios por autor único de todos los contratiempos y trabajos!

No que los cristianos lleguen de ordinario á la rebeldía y estupidez de Faraón, que sería maldad abominable; pero, todavía, ¡cuánto les cuesta ver y acatar en el azote la mano que los hiere! Confesadlo vosotros mismos y decidme: si entra un lobo carnicero en vuestro aprisco, que hace lastimosa riza en el ganado, ¿qué quién lo atribuis? Al descuido del pastor. Préndese fuego en vuestras mieses y asuela los sembrados. ¿Quién tiene la culpa? La malquerencia del vecino. Abrásase vuestro cuerpo con calentura pertinaz, que mina vuestra existencia y os acaba sin remedio. ¿A quién se debe? A la impericia del médico. Las guerras que se mueven ¿no se achacan á la ambición de los reyes y codicia de engrandecimiento, ó á la inquietud de los vasallos, deseosos de sacudir ó aligerar el yugo de la que llaman servidumbre? A la licencia del soldado atribuyense el aislamiento de los campos y el saco de las ciudades; á la incuria ó cortedad del capitán, la rota de los ejércitos y la horribilidad de los estragos; á la negligencia de los marineros, la pérdida de las mercancías y hundimiento de las navas; á la rapacidad de los ministros y subordinados, la extorsión de tributos y la opresión del pueblo; á la injusticia del juez, el mal suceso de la causa y el patrimonio mercedo.

Y, no contenta nuestra soberbia, inventó los vocablos vanisimos de fatalidad, desgracia, mal hado, mala fortuna y otros tales. Desgracia se llama el despeñarse de una altura, desgracia el anegarse en el río, desgracia perecer en el incendio, desgracia quedar sepultado en los escombros. Y aun ha llegado nuestra incredulidad á leer en las criaturas irracionales é insensibles, y en el movimiento de los cielos y en la influencia de las estrellas la serie de nuestros infortunios, para atribuir las malas venturas más bien á los seres sin razón que al sapientísimo gobernador del mundo. ¡Oh torpeza! ¡oh ceguedad espantosa! ¡oh delirio de entendimientos tercos, que, forzados á confesar el castigo, no quieren confesar á su autor omnipotente! Tú los castigaste, y

epifonema.

Por ejemplos coisidians.

subjeción.

Obras y palabras demuestran que no reconocemos á Dios por autor:

obras,

palabras,

la fortuna ó desgracia:

las estrellas

Conclusión.

no quisieron reconocerlo. Negaron al Señor y dijeron: No es él <sup>1</sup>.

Arg. 4.<sup>o</sup>  
Deshácese la  
reflexión. Las  
criaturas todas  
son instrumentos  
de la divina pro-  
videncia.

V

No os llaméis á engaño, hermanos míos, en materia gravísima y que hierde el corazón de Dios y su adorable providencia. No hablo solamente de las causas é influencias celestiales, que no pueden tocar á nuestro libre albedrío, por donde nos enseña Jeremías que no temamos las señales del cielo que amedrentan á los gentiles: *A signis coeli nolite metuere, quae timent gentes* <sup>2</sup>. Hablo de las demás criaturas, ora sean racionales, ora sensitivas, ó irracionales é insensibles. ¿No sabemos la verdad católica que dice que todas son instrumentos de Dios, con que, si le place, nos azota y castiga? Principio es muy averiguado en las Santas Escrituras, donde son llamados los impíos y poderosos reyes varas del furor divino y azote de su vengadora mano: *Virga furoris Domini, et baculus ipse est* <sup>3</sup>.

por inducciones y  
comparaciones a  
par,

¿Qué abuso, pues, y perversión tan grande mirar el azote y no reparar en la mano que lo menea? ¿Hay alguien tan torpe y mentecato que, herido de su enemigo con una espada, diga y sostenga que la espada y no el enemigo le hirió?

de la espada y del  
azote,

¿Hay muchacho que, azotado en la escuela por el maestro con unas disciplinas, diga que éstas y no el maestro le han lastimado más de lo que quisiera? Y si un rey sentenciado por el rey es ejecutado por mano del verdugo, ¿atribuirá la muerte á la mano que ejecutó, ó al rey ó juez que sentenció? ¿Por qué, pues, siendo Dios causa y autor de las tribulaciones que padecemos, no queremos reconocerlo así, sino que decimos: No es él quien nos aflige, é imitamos á los perros que muerden la piedra y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró?

Razón directa.  
No queremos re-  
conocerle por azo-  
tor, por no confes-  
sar nuestras cul-  
pas, causa de los  
castigos.

¿Queréis que os diga llanamente la verdad? Obramos así y cerramos los ojos á sabiendas, porque no queremos entrar dentro de nosotros mismos, ni caer en la cuenta ni recono-

<sup>1</sup> Flagellasti eos, nec voluerunt credere. Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse.

<sup>2</sup> Jer., x, 1.—<sup>3</sup> Is., x, 5.

cer nuestros yerros. Porque mientras el causador de nuestros infortunios no sea Dios, podemos desviar la consideración de las culpas por las cuales padecemos el castigo, ni ponderamos la severidad de la divina justicia, y nos vamos despojando de aquel saludable y natural temor que está Dios en todas partes, que mira y remira nuestras obras, que pesa y registra nuestras maldades, que es aquel sentimiento que los pecadores quisieran desarraigar de su alma, conforme al dicho del Profeta: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus* <sup>1</sup>. Dijo el necio en su corazón: no hay Dios.

por autoridad,

Y si por ventura no lo sabéis, la palabra *Dios* corresponde en el texto hebreo al vocablo Elohím, que significa Dios observador, Dios juez, Dios castigador y vengador: *Quasi dicat insipiens in corde suo, non est ultor*. Porque á los pecadores embaraza y da en rostro, no Dios proveedor, Dios bueno y benignísimo, sino Dios escudriñador, atento y riguroso juez de los delitos. Esto les punza y les atormenta, esto les inquieta y saca de tino; y así, en el tiempo y á la vista del azote, se empeoran y endurecen, y en lugar de atribuirlo á su autor principal, Dios nuestro Señor, atribúyenlo á los hombres; y si á los hombres no, porque no pueden, atribúyenlo al acaso, ó mala ventura; y si á ésta no, tal vez á las estrellas ó causas naturales, con lo cual van lisonjeando su maldad y adulando su perverso corazón. Repitamos, pues, con el Profeta: Tú los castigaste y no quisieron reconocerlo: negaron al Señor y dijeron, no es él: *Flagellasti eos, nec voluerunt credere* <sup>2</sup>. *Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse*.

Elohím, Dios  
vengador,

expolição.

Epilogo,

Conclusión final.

## VI

Y cómo se concibe, ¡oh cristianos!, que si creemosivamente ser Dios, quien nos castiga por nuestros delitos, todavía perseveremos en ellos, añadiendo pecados á pecados? Veis aquí que el cielo nos aflige, y no hay ningún temor de Dios entre los hombres; diré llorando amargamente con Cipriano: Veis aquí golpes de lo alto, veis azotes rigu-

Arg. 5.<sup>o</sup>  
De LOS CONSI-  
GUENTES. Con  
los castigos cre-  
cen los pecados.  
Luego no creemos  
que nos castiga  
Dios. Luego teme-  
mos los mayores  
desastres.

<sup>1</sup> Ps. XIII, 1.—<sup>2</sup> Así lee San Cipriano este lugar de Jer., v. 3.



rosos, y no hay por esto sobresaltos de conciencia, congojas de corazones compungidos: *Ecce irrogantur divinitus plagae, et nullus Dei metus est: Ecce verbera desuper, et flagella non desunt, et nulla trepidatio est, nulla formido*<sup>1</sup>. ¿No lo vemos por experiencia cada día? ¡Cuán pocos se mejoran á la vista de la tribulación! ¡Cuán no crecen, por el contrario, con las pestilencias los robos y demasías; con el hambre las injusticias y las usuras; con la guerra la disolución y desenfrenamiento! Yo, decía Dios á su pueblo por boca del Profeta: Yo os di pasmo de dientes en todas vuestras ciudades, y no os volvisteis á mí, dice el Señor. No quise llover sobre vuestras hazas y barbechos, y no os volvisteis á mí. Os affigí con oruga, y no volvisteis á mí. Híceos subir á las narices la podredumbre de vuestros cadáveres en el campo de batalla, y no os volvisteis á mí, dice el Señor<sup>2</sup>.

¿Quién sabría decirme, hermanos míos, en qué circunstancias dió el rey Baltasar aquel convite tan solemne, ó, mejor, tan sacrilego y abominable, descrito por Daniel? *Baltassar rex fecit grande convivium optimalibus suis*<sup>3</sup>. ¿Por ventura con ocasión de bodas, ó recepción de príncipes, ó de paces concertadas, ó vencimiento de enemigos? ¿Quién lo había de imaginar?, exclama San Jerónimo; fué á tiempo que estaba apretado por el rey Ciro con rigurosísimo cerco. A tanto olvido llegó de sí el malaventurado rey, que, sitiado y todo, dábase á banquetes y regocijos<sup>4</sup>. Entonces, y en trance tan peligroso, rodeado de una manada de rameras, emborrachábase el príncipe, bebiendo en los sagrados cálices del templo, y, sin hacer caso de tantos infelices que morían en los adarves de los muros, brindaba él y adoraba sus paternos dioses, dioses de plata y oro, dioses de bronce y de

<sup>1</sup> Ad Demetr.

<sup>2</sup> Ego dedi vobis stuporem dentium in cunctis urbibus vestris, et non estis reversi ad me, dicit Dominus. Prohibui a vobis imbrem, et non rediistis ad me. Percussi vos in aurigine, et non rediistis ad me. Ascendere feci putredinem castrorum vestrorum in nares vestras, et non rediistis ad me, dicit Dominus. Amos, IV, 6.

<sup>3</sup> Daniel, v, 1.

<sup>4</sup> In tantam venerat rex oblivionem sui, ut obsessus vacaret epulis. In Dan. 5.

hierro, dioses de piedra y de madera<sup>1</sup>. ¡Qué escena tan horrorosa aquel universal diluvio, que Dios derramó sobre la tierra, para limpiarla de sus inmundicias y carnalidades! Pues, á raíz de aquella explosión de la divina saña, no tembló un hijo de Noé de mancillarse con nuevas impurezas. ¡Qué espectáculo tan aterrador ver el otro diluvio de fuego que lanzó Dios sobre Sodoma y Gomorra, sólo en castigo de sus torpezas execrables! Pues, á la vista de aquel fuego, no temieron las hijas de Lot de cometer incestos<sup>2</sup>.

Mas, para no zaherir á los extraños en su miseria, teniendo tanto que llorar en la nuestra, decidme con sinceridad, después de los castigos enormes con que Dios se ha servido castigarnos, de los cuales tanta parte nos ha cabido: ¿qué reforma de costumbres habéis visto? ¡Ah! Téme-me, cristianos, no podamos decir al Señor las palabras de Isaías: He aquí que os enojasteis, y nosotros hemos pecado; *Ecce tu iratus es, et peccavimus*<sup>3</sup>. Si dijera: Hemos pecado y Vos os enojasteis, vería la razón; mas decir: Os enojasteis Vos, y seguimos pecando, es descaro sobre todo encarecimiento. Y por más que lo repugnéis, ello es así. Salid por esas plazas y calles, y mirad si, después de azotes tan recientes, es menor ó la licencia en el trato ó la injusticia en los negocios. Entrad en las casas de los particulares, é informaos allí si son menores las rencillas entre hermanos, y la división y enemistad de las familias. Penetrad en los aposentos y alcobas, y observad si ha disminuído la soltura de las palabras y la liviandad de las obras. Visitad las tertulias y reuniones, y examinad si es menos frecuente el murmurar, ó los chistes menos libres y procaces. Rodead las fondas, pasad á las granjas ó alquerías, y notad si es menor la destemplanza en los banquetes, y las demasías en los juegos. Parad mientes en la misma iglesia, y advertid si son menores las irreverencias en el hablar y la curiosidad é inmodestia en el mirar.

Verdaderamente, Señor, Vos os enojasteis, y nosotros

<sup>1</sup> Bibebat vinum, et adorabat deos suos, aureos et argenteos, aereos, ferreos, ligneosque et lapideos. S. Jo. Chrys., hom. 18 in Gen.

<sup>2</sup> Gen., XIX, 32. — <sup>3</sup> Is., LXIV, 5.

Antec. por autoridades divinas

(prosopepeya)

(conversión)

Por ejemplos extraños.  
Baltassar banquetando en el mayor aprieto.

antitesis;

Cam. y el diluvio;

Pentápolis y las hijas de Lot.

Por ejemplos propios.

Nos castiga Dios y somos peces:

enumeración:

pecados públicos

y privados;

en la ciudad y fuera.

en los templos.

Consecuencia final.

pecamos sin vergüenza: *Ecce tu iratus es, et peccavimus*. Poned, poned la mano en el pecho y confesad conmigo: Vos os enojasteis, y nosotros pecamos sin vergüenza. ¿Y creemos que nuestros vicios han provocado la ira de Dios y sido causa de tantas y tan espantosas calamidades? Decimoslo con la lengua, pero negámoslo con el corazón. *Flagellasti eos, nec voluerunt credere; negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse*. No, hermanos míos; créamoslo y convezámonos de ello, y confesemos que hay juez que nos mira, que hay Dios que nos sentencia, que hay brazo vengador que castiga nuestras culpas. Entremos en cuentas con nuestra conciencia y veamos de aplacar con tiempo á su divina Majestad.

y exhortación rápida.

Fig. 7.<sup>a</sup>  
DE LOS CONTRARIOS.

Aligense los inocentes y duermen los culpados. Mas el azote no cesará hasta que éstos se arrepientan.

Propos. mayor, por la S. E. Los marinos atribulados,

(distribución)

y Jonás duerme.

## VII

Sé que hay quien lo hace muy de veras. Mas ¿quién son? Los que menos culpa tienen cabalmente en tantas calamidades, los más irreprochables, los más limpios en sus costumbres, los más piadosos y temerosos de Dios; pero los culpables, ¡oh ceguera y embaimiento del mundo!, los verdaderamente culpables, no hacen caso ni les pasa por el pensamiento. ¿Sabéis lo que acaece en este punto? Lo que en la nave del desobediente Jonás. Los mareantes y pasajeros que no tenían culpa, como vieron la súbita borrasca que se describe en las Sagradas Letras, llenáronse de espanto; luego se apercibieron á amainar velas, sacar el agua, aligerar la cargazón: quién daba órdenes, quién consejo, quién ayuda; unos corrían al timón, otros al remo, aquellos á las jarcias y maromas: aquí lloraban, allí voceaban, acullá rasgaban el cielo con lamentos. Y mientras tanto ¿qué hacía el delincuente? Pues el delincuente dormía á buen reposo en lo profundo del combatido leño, sin que fueran parte á sacudirle ni el silbido de los vientos, ni el bramar de las olas, ni el estallido de los truenos, ni el fragor de los rayos, ni la gritería de los turbados marineros: *Et Jonas dormiebat sopore gravi*<sup>1</sup>. Y Jonás estaba sepultado

<sup>1</sup> Jon., 1, 5.

en profundo sueño. Tanto, que fué menester que se acesase en persona el mismo piloto ó capitán, que le sacudiese y le despertase con palabras mayores y de grave enojo, diciéndole: ¿Qué haces?, ¿cómo duermes? Levántate é invoca á tu Señor, si por ventura Dios se apiada de nosotros y no morimos anegados: *Et accessit ad eum gubernator, et dixit ei: Quid tu sopore deprimeris? Surge, invoca Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus*.

¡Oh, cuántas veces temo, hermanos míos, no acaezca lo mismo entre nosotros! Nos amenaza el cielo con espantosas señales, muéstrase irritado, embravecido, sañoso, y que no parece sino que va á tragarnos en su cólera. Y ¿hay quien acuda entonces á aplacarlo? Si, algunos hay por dicha. Pero ¿quiénes? Los inocentes y que pagan la pena de las ajenas culpas. Éstos se congojan los pobrecitos, y con lágrimas y oraciones, con limosnas y ayunos, con cilicios y disciplinas y por todas las vías imaginables procuran calmar la furiosa tempestad. Mas los pecadores, los usureros, los vengativos y rencorosos, los carnales y sin freno, ¡oh dolor!, lejos de azorarse, duermen muy descuidados y reposadamente en el regazo de la ociosidad ó del delito.

Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿hay entre vosotros algún dormido Jonás, causador por ventura en gran parte de las horribles tempestades que nos afligen? Decídmelo por vida vuestra, indicádmelo, os ruego, que quisiera llegarme á él y despertarle al punto con las palabras del prudente y celosísimo piloto: *Quid tu sopore deprimeris? Surge, invoca Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus*. ¡Ah pecador de mi alma!, quienquiera que tú seas, ¿qué haces?, ¿cómo sigues dormido y sepultado en el sueño del pecado? ¿qué pesadez y entorpecimiento es ése? El cielo multiplica por instantes los castigos, y ¿tú duermes? ¿Aun no acudes á Dios nuestro Señor? ¿aun no vuelves en tí? ¿aun no haces penitencia? Levántate, levántate, pecador mío muy amado; levántate, y sacude de tu alma ese letargo tan profundo; levántate y abandona aquel trato deshonroso, ya que por nuestras liviandades hiere Dios y empodrece nuestros cuerpos con asquerosas pestilencias; levántate, y haz, finalmente, aque-

Propos. menor por la inscripción del capitán.

Aplicación de la 1.<sup>a</sup> parte:

enumeración,

antítesis.

Aplicación de la 2.<sup>a</sup> parte:

interrogación vehementemente y obtención;

peroración por reduplicaciones enérgicas.

afectos de queja y de sobresalto.

Propos. menor explícita.

Arg. 7.º  
Yo soy por ventura  
ra est Jonás.

(apóstrofe)

Razón a fortiori:  
Santo Domingo.

costumbres oratorias.

llas amistades, ya que por vuestras rencillas y enconados odios asuela Dios las provincias de la cristiandad con estragos inauditos; levántate y restituye aquellas usuras y deshaz aquella injusta granjería, ya que por nuestra avaricia tala Dios los campos con sequía tan pertinaz; levántate, en fin, é invoca á tu Dios, si por ventura se apiada de nosotros y no morimos todos anegados en las olas de la celeste indignación: *Surge et invoca Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus*. Porque es muy de presumir que no quiera su Majestad alzar la mano y desviar el azote hasta que mire á sus pies, rendidos y suplicantes, á los mismos que provocaron su ira y armaron su brazo justiciero.

## VIII

Pero ¿quién sabe si, predicando á los otros, soy yo mismo el desventurado Jonás, que duermo mientras ruge la tormenta, y no lo echo de ver? Señor, Señor, si acaso he sido yo quien mantiene vivo el fuego de vuestra saña, ¿qué queréis que diga? Heme aquí, lanzadme al mar: *Mitte me in mare*<sup>1</sup>, y sálvense vuestros fieles servidores. Espántame el pensar que un Santo Domingo de Guzmán (con ser que fué columna de la Iglesia é insigne bienhechor de todo el mundo), todavía, en llegando á una villa ó ciudad, temía no le acarrese la total destrucción con su venida. Y así, antes de entrar en ella, parábase lloroso, é hincadas las rodillas, suplicaba á nuestro Señor con entrañable afecto no enviase por sus pecados sobre aquellos habitantes algún terrible y desacostumbrado castigo. Pues ¿qué diré, miserable de mí y abominable pecador? ¿No puedo justamente recelar si seré yo aquel Jonás que iba buscando? Vine á esta ciudad, Vos lo sabéis, Señor, con deseo de ayudarla con mi predicación, según la poquedad de mis fuerzas. Pero ¡ojalá no sea ocasión de su ruina por la muchedumbre y gravedad de mis pecados! No lo permitáis, Señor. Antes morir, antes morir que traer sobre ella ninguna desventura.

<sup>1</sup> Jon., 1.

Veisme, Señor, á vuestras plantas benditísimas; aquí me consagro como víctima de vuestros enojos. Si mis pecados pesan ya demasiado sobre la tierra, heridme á mí, lanzad en mi cabeza vuestros rayos, pero que nadie pague la pena de mis culpas. Cierto, Dios mío, que deseo vivir para servirlos; pero renuncio al vivir si mi vida sólo ha de aprovechar para acrecer vuestros castigos y multiplicar las calamidades de los hombres.

## SEGUNDA PARTE

## IX

DE LOS CASTIGOS ETERNOS.

Menor fuera el daño, hermanos míos, si nuestra incredulidad sólo acarrese castigos temporales y transitorios; lo grave y espantoso es que traerá también consigo males eternos y castigos perdurables. Porque, dime: ¿qué linaje de excusa alegaremos, pueblo mío, rescatado con la sangre de un Dios, qué excusa alegaremos, si nos condenamos para siempre? Cuéntalo, te diré con Isaías, cuéntalo, si tienes con qué justificarte: *Narra, si quid habes ut justificeris*<sup>1</sup>. ¿Podremos alegar en descargo que su Majestad no nos intimó muy anticipadamente tan incomparable desdicha? No, que son infinitos los medios y coyunturas que su bondad nos ofrece para que nos apercebámos. ¡Cuántas inspiraciones nos envía! ¡cuántos consejos y avisos por sus ministros! ¡de cuántas trazas se vale para aguijar nuestra pereza y que nos pongamos en seguro! Si después de tanto vocear y con tantas ayudas de costa nos perdemos, ¿de quién será la culpa? Hasta aquí fuisteis oyentes para recibir las divinas enseñanzas; ruégoos que seáis ahora jueces para sentenciar en una causa muy ilustre. Oid antes la historia del peregrino sucesos.

Si no os enmendáis, os condenaréis sin excusa. Luego.

Por parte de Dios no han faltado avisos.

Confirmación por vía de insinuación, de Valente.

El emperador Valente, desagradecido á aquel Dios que de proscrito le alzara al trono de los Césares, como estuvo

NARRACIÓN 6 episodio oratorio.

<sup>1</sup> Is., XLIII, 26.

asegurado en el mando, dió en perseguir á los católicos y favorecer á los arianos, de manera que toda la Iglesia, rasgada y despedazada como entre las garras de carnicero lobo, lloraba con amargo desconsuelo. Compadecido Dios de tantas lágrimas, movió contra el imperio la barbarie del Septentrion, y para reprimirle fué forzado Valente á sacar poderosísimos ejércitos. Llegó la noticia á Isacio, varón de Dios, habitador de los desiertos, y por impulso del divino Espíritu, dejando la amada soledad, salió apresuradamente al encuentro del Emperador, que con sus huéspedes marchaba á la campaña, y acercándosele que le pudiese oír, gritó en alta voz: Emperador, manda abrir las iglesias de los católicos, que tú cerraste, y volverás con victoria; si así no lo haces, serás muerto.—Oyólo Valente; mas, teniéndole por mentecato, siguió sin responderle su camino.

Nudo: No desmayó Isacio, y tornando al siguiente día, y llegándose más cerca del temerario príncipe, repitió tan alto como la primera vez: Emperador, manda abrir las iglesias de los cristianos y volverás con victoria; si así no lo haces, serás muerto.—Turbóse á la repetida intimación Valente, y, combatido de encontrados afectos, parecía el dar oídos debilidad, y menospreciar aquellas voces temeridad y presunción. Finalmente, halló corte en el negocio y llamó á consejo los principales capitanes. Eran éstos arianos, y, como era de presumir, le aconsejaron que, si volvía el necio del ermitaño, convenía castigar su atrevimiento. He aquí que al tercero día comparece Isacio, más alentado que nunca, y, rompiendo por las tropas imperiales, vase derechamente hacia el Emperador, y tomando de las riendas su caballo: Emperador, exclamó deteniéndole: que mandes abrir las iglesias de los católicos torno á decirte, y volverás vencedor de la batalla; si no, sábette que morirás en ella.—A la orilla del camino donde esto pasaba había una sima muy profunda, crizada de cambreras y zarzales; allí mandó el enojado príncipe que fuese precipitado el ermitaño; y, persuadiéndose que quedaba muerto al mismo tiempo y sepultado, persiguió su camino, no sin algún remordimiento de su mal aconsejada obra.

El castigo. Tercera intimación: El mal consejo. Los tres ángeles, Exposición. El emperador y el ermitaño: Primera intimación: Segundo intimación: El mal consejo. Tercera intimación: El castigo.

Pero ¿quién prevalece contra Dios? Apenas pasó el ejér-

cito imperial, veis aquí que tres mancebos hermosísimos, con vestiduras blancas como la nieve, penetraron en la concavidad de la hoya y sacaron á Isacio, no sólo vivo, pero sano y vigoroso. En el súbito desaparecer de los tres mancebos conoció que eran ángeles en figura humana, y, derribándose en tierra, dió gracias al Señor de tanta dignación; de allí, por un atajo que por las breñas se hacía y en alas de su caridad y celo de las almas, alcanza al Emperador, y con semblante de fuego: ¿Qué creíste?, careándose le dijo; ¿que moriría en los hondos matorrales? Heme aquí, para denunciarte otra vez que abras las iglesias de los católicos, si quieres la victoria; y si no, sábette que morirás en la refriega: ¿entiéndeslo bien?; y si no, morirás en la refriega.— ¡Quién tal pensar! Ni á la cuarta intimación se rindió el obstinado Valente; antes dió orden cómo prendiesen á Isacio y fuese entregado á dos senadores, Víctor y Saturnino, para que lo custodiasen hasta que, vuelto de la jornada, le castigase según su merecido.—¿Tú volver para castigarme?—replicó Isacio con las palabras de Miqueas al fementido Acab. ¿Tú volver para castigarme? Anda, ve, desdichado Emperador, y, si tú volvieres, ten por cierto que no ha hablado por mi boca Dios. Presentarás batalla al enemigo; mas, no pudiendo contrastar su ímpetu, flaquearás, huirás y, cayendo en sus manos, morirás por fin abrasado de repentino incendio.

Como lo dijo así se cumplió. Sentó sus reales, puso gente en escuadrón, combatió bravamente, pero fué vencido y deshecho al poco espacio; y huyendo precipitadamente con su campo roto y desmandado, escondióse en una pajiza choza para huirar el cuerpo á los vencedores, que seguían el alcance, los cuales, averiguando el caso, prendieron fuego á la cabaña y quemóse vivo el infortunado Emperador. Isacio recobró la libertad, y los dos senadores le hicieron á su costa sendos monasterios de santísimos monjes.

Ahora, pues, que visteis el proceso, ruégoos que sentenciéis. Si Valente en el juicio universal quisiese poner cargo á Dios nuestro Señor, como si el morir abrasado fuese culpa del cielo, no suya propia, ¿no os parece que bastara Isacio para hacerle enmudecer?—Calla, le diría Isacio, calla,

y la cuarta intimación:

última amenaza.

su Desencalle:

fin del emperador,

fin de Isacio.

Comunicación.

Fallo de Isacio en el tribunal divino.

Fallo del auditorio y transición.

Aplicación por comparación á parí.

El auditorio es Valente, los predicadores Isacio.

peroración enérgica;

por enumeración de pecadores obstinados.

Proleptis.

—No te creemos.

desvergonzado y arrogante; ¿no fuí cuatro veces á proponerte un medio facilísimo para salvar la vida del cuerpo y la del alma? Y si tú te ensoberbeciste contra Dios y menospreciáste me á mí, ¿cómo osas, ¡oh rebelde!, lamentarte?— Decidme, oyentes míos, con toda lealtad vuestro sentir: ¿quién tendría razón, Isacio ó Valente? ¿No quedaría bastantemente justificada con tal defensa la divina justicia?

Pero si es así, ¡ay miserables pecadores, que está ya pronunciada sentencia de condenación contra vosotros! ¿Imagináis acaso poder achacar á Dios la ruina sempiterna, adonde por esos caminos precipitadamente os despeñáis, sin advertir los muchos Isacios que os saldrán al paso y os harán callar con ignominia? ¿Solamente los predicadores no bastarían á tapanos la boca y cubrir vuestro rostro de vergüenza? Perdonadme, oyentes míos; yo, yo mismo, vilísimo gusano, veríame forzado en aquel día á bajar al palenque y defender la causa de la divina justicia, deponiendo contra vosotros, como Isacio, y protestando, en calidad de testigo, que también yo, desde la cátedra del Espíritu Santo, os intimé repetidas veces, en nombre del Señor, que si no queríais caer en los infiernos, dejaseis, ¡oh lujuriosos!, los malos tratos en que vivís encenagados; que huyeseis, ¡oh jóvenes!, de las conversaciones y lugares peligrosos; que no prosiguieseis, ¡hombres del negocio!, en vuestras injustas granjerías; que reparaseis, ¡oh murmuradores!, la fama ajena, villanamente conculcada; que hicieseis, ¡oh vengativos! las deseadas amistades. Si habéis despreciado tan saludables avisos, ¿cómo osaréis quejaros de su divina Majestad? ¿Cómo justificaros? ¿Cómo respirar en su augusto acatamiento? ¿No ha Dios sobreabundantemente satisfecho á su justicia y á su providencia con las nuevas amenazas que hoy os hago, repitiéndoos que á los malos reciamente castigará? *Malos male perdet*. Los castigará en esta vida, los castigará aún más en la vida por venir.

No me digáis que al punto cumpliríais mis consejos á saber de cierto que, no cumpliéndolos, os condenaríais de seguro, pero que no dáis gran fe á mis palabras; que aun el mismo Valente, si creyera con certidumbre que, no abriendo las iglesias de los católicos, había de morir quemado

vivo, las abriera al punto; y no lo hizo, porque tuvo por desdoro dar crédito á un pobre hombre, descalzo y desarrapado, que ni sabía quién era, ni de dónde venía, ni qué vida llevaba. Poco os ha de aprovechar este reparo; que si el consejo es conforme á la ley de Dios, á los libros revelados y á la doctrina del Evangelio, no ha menester más para su abono y vuestra condenación. Nada importa que lo dé un sabio ó un simple é ignorante, un varón santo ú otro pecador. Pecador soy yo, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo; soy pecador y el más ignorante de cuantos predicán en vuestros púlpitos la divina palabra; pero el Evangelio me abona y asegura que, si mejoráis de vida, os salvaréis; si no mejoráis vuestras costumbres, os condenaréis. ¿Habéislo entendido, cristianos? Si no mejoráis de costumbres, os condenaréis. ¿Qué esperáis, pues? Manos al trabajo desde luego, á reformar vuestras vidas; que podría ser éste el postrer aviso y el último sonar de la trompeta: *Novissima tuba*. Sí, oyentes muy amados, la última señal de la trompeta. Los Isacios enviados por vuestro Padre celestial han vuelto, no dos, no cuatro, sino diez y veinte veces á avisaros; y ¿quién sabe si el fuego infernal está muy cerca de vuestra casa para abrasar la paja seca de vuestras iniquidades? Pronto, pues, muy pronto; que, por ventura, tras ésta no haya más intimación; y como ya tantas veces ha hecho oír nuestro Señor el trueno de sus amenazas, al fin descargará sobre nosotros la tempestad de su ira.

Resp. No miréis á la persona, mas á la verdad.

Tener creíente por la proximidad del castigo.

Epilogo.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOQUINTO

*Magna eloquentia, sicut flamma, materia alitur, et motibus excitatur, et urendo clarescit.* La grande y poderosa elocuencia, dice el autor del Diálogo sobre las causas corruptoras de la elocuencia romana<sup>1</sup>, se nutre, como el fuego, de leña, levántase con las turbulencias y contradicciones, y, abrazando, se ilustra y resplandece. No es, por consiguiente, grandilocuencia la que se apaga ó debilita, cuando más necesarios son su **luz** y su **calor** para alumbrar á los ciegos, y encender á los tibios, y alentar á los cobardes á la práctica de la virtud ó á la defensa de la religión y de la patria. Elocuencia es *dicere accomodate ad persuadendum*; y ¿cuándo es menester la persuasión sino en los grandes conflictos del espíritu?

SÈNERI, considerando por una parte las calamidades públicas y el azote vengador, que vibra ya sobre las espaldas del pueblo cristiano, y por otra á este pueblo muy tranquilo y aun burlándose del tal azote, como de cosa vana y que nunca descargará, alza su voz potente, le hace sentir la tempestad de la ira de Dios, no lejana, sino cerca, muy cerca y próxima á estallar: la multitud despierta, abre los ojos, aplaca á Dios y se salva. Así Demóstenes incura al pueblo ateniense, que mataba el tiempo preguntando por los corrillos si Filipo había muerto, mientras Filipo estaba á las puertas de la ciudad; el pueblo torna en sí á la voz del orador, apercíbese á la lucha y vence. Así los profetas, así los varones apostólicos, como San Vicente Ferrer, despertaron á las gentes con la trompeta de Dios, que son sus juicios y terribles amenazas: las gentes que temieron, se salvaron; las que no temieron, ¿dónde están...?

La **materia** de este discurso son las divinas amenazas y las calamidades públicas. La **cuestión**, ó lo que acerca de ellas se controvierte, es si Dios es un Dios de palo, que siempre amaga y nunca descarga el golpe, ó si castigará de veras y reciamente á los que desoyen su voz. El **fin** ó in-

tento principal, es decir, lo que SÈNERI se propone recabar de sus oyentes con la fuerza de su palabra (presupuesta la gracia de Dios), es que despierten del sueño del pecado, que restituya el usurero, que se enmiende el carnal, que hagan las paces los enemigos, porque, si no, será cierta su ruina. El **estado** de este discurso, es á saber, lo que aquí se trata de demostrar, es que sin duda Dios nuestro Señor os castigará en este y en el otro mundo, si menospreciáis sus amenazas.

Tiene cinco partes, á saber: **exordio**, **narración**, **confirmación**, **refutación**, **peroración**. Prescindo de lo que llama segunda parte, porque sin ella hay un discurso perfecto.

En el **Exordio** granjéase la **benevolencia** ó simpatía del auditorio, alabando modestamente su fervor y cristiandad, anteponiéndolos á los de otras ciudades; deseádoles mil dichas, y, sobre todo, temiendo por su futura suerte, como teme y se sobresalta una madre ante los riesgos que amenazan á su hijo.—Hácelos **dóciles**, es decir, los instruye y prepara para que entiendan el razonamiento, declarándoles que si Dios arruinó y assoló la ciudad de Jerusalén, sin tener respeto á sus bellezas y antigüedad, hará lo mismo con ellos si no se reportan.—Despierta la **atención** con la importancia de la materia que trata, pues es cuestión de vida ó muerte; con la novedad de la forma, que es artística y natural por extremo; con la diversidad de los tonos que emplea, tantos y tan varios en tan breve espacio: de **dolor**, de **parabienes**, de **zozobra**, de **menosprecio**, de **ira**, de firme **resolución**. ¿Y aquel volverse con tanta flexibilidad de sentimiento, y dirigir la palabra, ora á Dios, ora á la ciudad, ya á los presentes, ya á los ausentes, haciendo hablar á Dios en son de queja y á los hombres en son de sarcasmo y menosprecio?

La **Proposición** es muy **verdadera**, aunque envuelta de una alegoría **falsa**, porque supone que es antes el trueno que el rayo, siendo así que primero luce el rayo y cae la centella que se perciba el fragor del trueno. Mas poco importa al orador, pues también es cierto que antes que caiga aquí un rayo suelen preceder otros muchos truenos de nubes diferentes, cuyas electricidades se van descomponiendo en el espacio. En este sentido se toma la proposición.

La **Narración**, que así puede llamarse el preámbulo á la confirmación, cuenta cómo Dios siempre suele amenazar antes de castigar; ¡gran misericordia! Es el fondo claro y luminoso de Dios en que se destaca la negra conducta del hombre, siempre obstinado, siempre incrédulo, siempre sordo á los clamores del que bien le quiere.

<sup>1</sup> Probablemente el historiador Cayo Cornelio Tácito. Véase el cap. xxxvi, edic. de Lemaire.

La **Confirmación** es **popularísima** en la **invención**, porque todo está sacado de la **historia**, y las cosas singulares las aprende el vulgo con facilidad y deleite; es muy **natural** en la **disposición**, porque á los castigos **recientes** hace preceder los **antiguos**, por manera que siempre crezca el interés y la curiosidad, la cual se ceba más en los sucesos actuales que en los antiguos y remotos; en la **elocución** ya es **grave**, ya **rápida** é impetuosa, y siempre **lúgubre** y sombría, como el hablar de los profetas, cuando Dios declara al hombre el rigor de su venganza. Toda la confirmación se resume en este sencillo entimema:

**Dios ha castigado y castiga aún á los individuos y á los pueblos, que no hacen caso de las divinas amenazas: Luego también os castigará á vosotros, si ahora las desoís y menospreciáis.**

La consonancia estriba en que no hay razón por que Dios guarde con unos los respetos y miramientos, que no ha usado con el resto de los hombres. Dos cosas son muy de advertir en esta confirmación, de donde nacen su vigor y elocuencia. Es la **primera** la **repetición** enfática del «*Neque veniet super nos malum*, con que, ¿no vendrá el mal sobre nosotros?», que es un dar otra recia martillada en el hierro ya caldeado y blando del corazón de los oyentes, atemorizados cada vez más con los horrores que se cuentan. La **segunda** es la diferencia grande que por aquí se echa de ver entre el **orador** y el **historiador** en el arte de contar los sucesos. ¿Qué busca el uno? la **verdad** de la historia; ¿Y el otro? la **persuasión**. Para la verdad, todos los pormenores y circunstancias son buenas; para la persuasión, muchas perjudican; y así, el orador como el poeta, han de guardar la ley de elegir y desechar con tino, conforme al precepto de Horacio:

*Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor* <sup>1</sup>.

La **Refutación**, que comienza en el párrafo IV, y contiene la parte doctrinal de este discurso, resuelve aquella tremenda dificultad.—No es Dios quien nos azota y castiga: el autor de tantas calamidades es la casualidad, la desgracia, el odio y perversidad del hombre.—Aquí brilla la discreción de SÉNERI; porque, lejos de robustecer el argumento con la consideración, *verbi gratia*, del ingenio y astucia de nuestros enemigos ó de las **fuerzas ocultas** de la naturaleza, deshace la dificultad con un artificio muy

<sup>1</sup> Epist. ad Pisones, 45.

peregrino y eficaz. Porque, lo **primero**, afirma y comprueba esa misma objeción de un modo tan vivo que la hace odiosa, y, antes de desatarla, ya los oyentes ven su deformidad y exclaman con el orador: «¡Oh torpeza!, ¡oh ceguedad espantosa!, ¡oh delirio de entendimientos locos, que, forzados á confesar el castigo, no quieren confesar á su autor omnipotente!» Lo **segundo**, refutaba **directamente**, probando que todas las criaturas, así las racionales como las sin razón, son **instrumentos** de Dios para los fines de su adorable providencia. Lo **tercero**, aun la deshace más cuando declara que el motivo de no querer atribuir á Dios esos castigos no es otro que porfiar en **no reconocerle** por juez y castigador de nuestras culpas, y á fin de poder continuar en ellas cerramos los ojos y decimos: No hay Dios. Lo **cuarto**, hace subir de quilates la fuerza de la refutación, demostrando que, si creyéramos que nuestros vicios han provocado la ira de Dios y sido causa de tantas calamidades, hubiéramos **reformado** nuestras costumbres: Es así que no hicimos tal, sino muy al contrario: Luego no lo creemos. Que es forma lindísima de argumentar, y que incita y espolea al más lerdo á la ejecución de lo que se pretende.

La **Peroración** abarca desde el párrafo VII hasta la segunda parte, y estriba su eficacia y hermosura en la acertada aplicación de la historia de Jonás, que, siendo la causa de la tempestad, mientras todos se azoran y se turban, sólo él duerme profundo sueño en el fondo del navío. El **primer movimiento** del fervoroso predicador es de **celo** en busca del Jonás causador de tantas borrascas, para increparle con las palabras del piloto. Mas ¡con qué ternura lo hace! ¡cómo les roba el corazón! El **segundo** afecto, de **holocausto de sí mismo**, no es de los que enseña Aristóteles, sino Jesucristo en la escuela de la caridad y del propio conocimiento. «¿Quién sabe si, predicando á los otros, soy yo mismo el desventurado Jonás...? Si mis pecados pesan ya demasiado sobre la tierra, heridme á mí, lanzad en mi cabeza vuestros rayos, pero que nadie pague la pena de mis culpas».

Aquí terminaría, y terminaría bien este discurso, sin necesidad de la **segunda parte**, que, si bien agrada, creo que **enfria** el afecto y **debilita** la persuasión. En SÉNERI se verifica algunas veces lo que se afirma de las novelas, que nunca segundas partes fueron buenas. Con todo esto, la presente es deliciosa en sí por el interés de la **narración**, por la viveza de los **diálogos**, por la verdad de los **caracteres** Valente é Isacio, en quienes luego descubren y ven, como en un espejo, los oyentes su propia ceguera y la impertinente constancia del mensajero de Dios.